

CAPÍTULO 29

Vino con vino: la bebida como eje en *El arpa y la sombra*, de Alejo Carpentier

ISABEL ABELLÁN CHUECOS
Universidad de Murcia

INTRODUCCIÓN

¿Qué pensó Cristóbal Colón cuando vio América? Por supuesto, no podemos saber con exactitud qué fue lo que pasó por su mente; sin embargo, lo que sí que sabemos es lo que Alejo Carpentier se imaginó que pensó, dijo y realizó en su travesía hasta tierras americanas, esas tierras que para el Almirante serían las de Las Indias.

Alejo Carpentier relata en *El arpa y la sombra* todo tipo de vicisitudes imaginadas y recreadas a partir de los *Diarios* de Colón que llegaron hasta nosotros compilados por Fray Bartolomé de las Casas. Imaginación desbordada y desbordante que tienen su inflexión con aquello que se considerara la bitácora de a bordo de quien surcara los mares en busca de una ruta alternativa para llegar a Las Indias.

De esta manera, asistimos en la novela citada de Alejo Carpentier a las vivencias de Cristóbal desde pequeño, donde ya vivía —según cuenta— entre tabernas. La novela se divide en tres partes: «el arpa», «la mano» y «la sombra». Si en la primera de ellas, «el arpa», será el Papa Pío IX quien nos cuente sus viajes por América y por qué firmó a favor de la beatificación de Cristóbal Colón, la tercera se nos mostrará circundada por la discusión sobre si Cristóbal Colón debía o no ser beatificado —según la propuesta del Papa León XIII—. Empero, la más relevante para nuestro estudio será la segunda: en ella, «la mano», encontraremos

al propio Cristóbal hablándonos de sí mismo, de su infancia, de sus vivencias, del momento en que fue a visitar a los Reyes Católicos, así como de aquellos días en que estuvo embarcado y llegó a los distintos lugares de América, con todos los miedos, estrategias y pensamientos que en ese momento rondaron su cabeza.

Piensa en todo por lo que siempre ha sido conocido y cuánto de verdad había en el relato de sus hazañas y descubrimientos, reflexiona sobre sus pensamientos más profundos y sobre todo aquello que deberá confesar para poder descansar en paz en el momento en que le llegue su extremaunción. Toma en consideración y medita sobre todo aquello que lo atormenta y sobre las medias verdades contadas tanto a su tripulación como en sus *Diarios*, en los que fue cambiando algunos datos para que le fueran más convenientes —sobre todo en el momento de la navegación y las distancias recorridas y por recorrer, para que no se notara que su conocimiento no era tan excelso como el que se le suponía—.

1. VINO CON VINO

Según nos cuenta Alejo Carpentier, Cristóbal Colón vino con vino. Si este brebaje sería el que trajera a las tierras de América —no pudiendo llevar agua en los barcos según costumbre y tradición marinera—, ya desde su infancia este marcaría su vida, acompañándolo y rodeándolo, pues fue hijo de tabernero. Su padre —desde que él tuviera memoria— había abierto «un negocio de quesos y vinos en Savona —con trastienda donde podían los parroquianos llevar sus vasos a la boca de las canillas para entrechocarlos luego por sobre una mesa de espeso nogal—»¹. Allí, el pequeño Cristóbal gozó de «escuchar lo que de sus andanzas contaba la gente marinera, vaciando uno que otro fondo de tintazo que me pasaban a escondidas —gustándome tanto el vino, desde entonces, que muchos se extrañaron, en el futuro, de que en mis empresas propias pensara siempre en llevar una enorme cantidad de toneles en los barcos y que, cuando me tocara pensar en cosas de labranza, reservara siempre las mejores tierras que me fuesen dadas por la Divina Providencia en sembrar y cultivar la vid»². Ya desde este momento donde comienza la segunda parte de *El arpa y la sombra*, Cristóbal Colón expresa, en sus ideas y pensamientos esta preferencia por el licor borgoña, el tinto, el tintazo fuerte que lo acompañará y del que preferirá siempre su ingestión.

El vino, dirá Cristóbal Colón, «enardece la sangre e incita a culposas apetencias»³, y es por ello que contará sus andanzas por los diversos lupanares en los albores del Mediterráneo, donde —siguiendo con esta cuestión del ágape y los brebajes y manjares que en estos pueden aparecer— dirá que «cató» todo

¹ A. Carpentier, *El arpa y la sombra*, en *Narrativa completa I*, Barcelona, RBA-Instituto Cervantes, 2005, pág. 236.

² *Ibíd.*, págs. 236-237.

³ *Ibíd.* pág. 237

tipo de hembras. «Cató» en relación con comer, y es que si podíamos encontrar comidas y bebidas para tal menester, no menos lo eran las mujeres dispuestas para el deleitoso placer, probadas una a una por el joven ardoroso, pudiendo echar la culpa de sus impulsos a la bebida vigorosa.

Esta relación entre el vino y las mujeres de dudosa reputación aparecerá a lo largo de la historia, hasta que en una de las ocasiones se aluda directamente a que en el desembarco hubo «seguro holgorio de zarambeques, vinazos y putas para todos»⁴. Es el tópico del vino y las putas, de la diversión y disfrute, del desahogo y hastío de marineros y navegantes por tanto tiempo viajando en las naves hasta el momento de tocar tierra y desinhibirse. Es el pan y el circo, el deleite para la muchedumbre. Y es de nuevo la música, el alcohol y el sexo lo que une a las personas en esta fiesta en que lo más importante es celebrar que se vive, que se ha sobrevivido, que se sigue viviendo tras las vicisitudes que se hayan debido soportar en la travesía, sin tener nunca por seguro el dejar de ver mar y solo mar alrededor.

En este recreo de los placeres de la carne se tendrán presentes, así como las distintas mujeres, las distintas clases de vino, y así se hablará de los «vinos andaluces»⁵ o ese sabor que solo se da en esta bebida si es a través de «la bota de tinto»⁶.

2. DE UNO Y OTRO CONTINENTE

Siguiendo con el sabor del vino, encontraremos que será precisamente esta bebida la única que sea agradable para los indios de entre las que trajeran los conquistadores. Cuando Colón llega a América, da de probar a los indios todo tipo de comida y bebida que llevaban en los barcos. Ellos, sin embargo, «tenían la leche de cabra y de vaca por el brevaje [sic] más asqueroso que pudiese probar un hombre, asombrándose de que nosotros tragáramos ese zumo de animales, bueno tan solo para criar animales que, además, les inspiraban el recelo y hasta diría que el temor sentido ante bestias de cuernos y ubres, jamás vistas antes, puesto que no pacían ganado alguno en sus islas»⁷. A través de este pasaje se muestra tanto el rechazo por la blanca bebida como el hecho del asombro ante animales nunca vistos, que es lo mismo que ocurriría con aquellos que descendieran de las naves al ver las criaturas —para ellos extrañas— de América.

Y si la leche les parecía repugnante a quienes antes nunca la hubieran probado, lo mismo sucedía con toda una retahíla de productos provenientes de Castilla: «Rechazaban la cecina y el pescado salado. Tenían repugnancia a nuestras frutas. Escupían, por incomibles, las berzas y nanos, y lo más suculento de

⁴ *Ibíd.*, pág. 312.

⁵ *Ídem.*

⁶ *Ídem.*

⁷ A. Carpentier, *ob. cit.* pág. 296.

cualquier olla podrida»⁸. Así, entre los hombres creados a través del maíz —como indicara el *Popol-Vuh*-, cuyo alimento siempre fue el maíz, «solo gustaban del garbanzo, por parecerse en algo, aunque muy poco [...] a aquel *maíz* de sus tierras, del que yo hubiese podido traer sacos llenos, pero que había despreciado siempre, considerando que era alimento impropio de gente civilizada, bueno, si acaso para comida de cerdos o jumentos»⁹. De esta manera, ambos consideraban alimento de animales a aquello que el otro tenía costumbre de ingerir, y a través de la comida se juzga también a quien se la lleva a la boca.

Sin embargo, a pesar de estas desavenencias gastronómicas, en lo único que coincidían sin duda era en el vino. Si aquellos que vinieran en las naves estaban hartos de beberlo, entre los que vivían en estas tierras hasta el momento desconocidas por los navegantes «se habían aficionado a él»¹⁰, y es así como Colón piensa que al menos, a través de este licuoso manjar, podría salvar del ayuno a aquellos indios que con él se había llevado en las naves para mostrarlos en las tierras de Europa. De esta manera, el vino los aunaría.

No solamente es que pudieran ingerir el vino, sino que sería por él por el que recobrarían fuerzas, convirtiéndose este casi en remedio milagroso, bebida mágica para poder sobrevivir. Es el vino que «cura» los cuerpos que se han enfermado, que se han fragilizado tras la cata de comida de la que no se tiene costumbre.

Y si el vino era dado a los indios para que se recuperaran de su estado famélico —tras el rechazo a la comida de las naves— y aguantaran el viaje, también se les dio a los papagayos que llevaban los navegantes —junto con los indios— para mostrarlos a su llegada a Barcelona. El vino mojado en migas de pan que ingerían les servía tanto para calmar a las aves como para darles salud. Y así, sobrevivieron más de veinte de ellas, si bien el temor del Almirante se daba en el hecho de que con tanto vino tinto, las aves —como también se sabe de los hombres— soltaran su lengua más de lo debido y «se pusiesen a hablar repitiendo las feas palabras que seguramente habían oído a bordo de mis naves y durante los días de su estancia sevillana»¹¹. Sin embargo, los papagayos terminarían por «vomitar el vino tragado, con ojos vidriosos de pescado en trance de podrirse»¹² y pronto morirían todos.

3. EL PURGATORIO

Si vino se daba a los indios y a los papagayos, también el vino servirá para purgar las penas. Así, asistiremos a diversas ocasiones donde los personajes vayan a la taberna simplemente para esto, para beber vino como método para calmar o ahogar las penas mientras se ahogan por sí mismos en las copas de alcohol

⁸ Ídem.

⁹ A. Carpentier, ob. cit. págs. 296-297.

¹⁰ *Ibíd.*, pág. 297.

¹¹ *Ibíd.*, pág. 299.

¹² *Ibíd.*, pág. 304

ingeridas. Y es que este brebaje se cultivaba desde antaño nada más y nada menos que en la «Viña del Señor», por lo que en su pensamiento idílico no podía ser más que medicinal y mágico reconstituyente, aliviador de dolores y sufrimientos e impulsor de aquello que sin él nos parecería demasiado atrevido. Pero no todo en el vino serán bondades, pues, como se dijo al principio, este hace que el hombre de desinhiba sin mesura quizás más de lo apropiado, y se deje llevar en extremo por los placeres de la carne, cosa que no sería para nada reprochable si no fuera por la moral cristiana de nuestros personajes —a la que debían ceñirse en cuestiones de vida ordenada—, así como porque, en ocasiones, el placer lo es solamente de una de las partes, sin tener en cuenta al que se encuentra del otro lado.

Como no podía ser de otra manera, si ya en las *Escrituras* se hablaba de la «Viña del Señor», al unir el amor por el vino y el acogimiento a las *Sagradas Escrituras* que marcaba la época, Colón no podría pensar en otra cosa que en plantar viñedos en aquellas tierras recién descubiertas por su persona. De este modo nos encontramos con el deseo de cultivar los árboles que darían el fruto para el vino así como, finalmente, la sentencia que se le dictara a Moisés y que Cristóbal Colón en su lecho de muerte piensa también para sí, y es que:

«Arrojaste muchas simientes para poca cosecha; sembraste y trabajaste la viña para no beber de su vino; tuviste olivares en toda tu hacienda y no pudiste ungirte con su aceite porque derribados fueron tus olivos.» Y también dijo Yahvé al Contemplador de Reinos Distantes: «He aquí el país que con tus ojos te hice ver, pero a él no pasarás»...¹³.

Y así, tras todas las reflexiones sobre su vida, Cristóbal Colón pensará en este momento que no pasará, que «en el ineludible apremio de hablar, llegada la hora de la verdad, me pongo la máscara de quien quise ser y no fui: la máscara que habrá de hacerse una con la que me pondrá la muerte»¹⁴. Y si contadas fueron sus hazañas, en su mente y confesión estarían todas las verdades y las medias mentiras en ocasiones ocultas.

CONCLUSIÓN

Como sabemos, a lo largo de la Historia de la Literatura hemos podido observar cómo el vino y otros brebajes han tenido una especial relevancia tanto en la obra ficcional como en la mostración a través de esta de la vida sociocultural de una época. En la obra que hemos elegido en esta ocasión como objeto de análisis, *El arpa y la sombra* de Alejo Carpentier, observamos cómo el vino ocupa un lugar preeminente. En la segunda parte, el propio protagonista de

¹³ *Ibíd.*, pág. 325.

¹⁴ *Ibíd.*, pág. 304.

esta —que no es otro que Cristóbal Colón, como hemos referido— se presenta ante nosotros como hijo de tabernero, y entre tabernas habrá sido su primera educación. Además, a través de las páginas se manifiestan diversas cuestiones alrededor del licor: el vino se relaciona con lo erótico, lo sexual, es bálsamo y calmante, desata tormentas o apacigua la sed y las penas, sirve como medio de comunicación e incluso está relacionado con la admonición en tanto es el fruto de la «Viña del Señor».

Profético o pagano, el caso es que con el vino Cristóbal Colón —al menos en este relato ficcional— vino, vio y venció (aunque este último aspecto es justamente el que se cuestiona en la obra), y comió —también comió— porque la comida con que acompañar al vino se presenta de igual forma por entre las páginas de la obra. Cecinas, salazones, y otros manjares que representan a la España del momento y a la comida que podía llevarse sin perecer en las navegaciones marítimas. Se muestra así, con este estudio, la importancia de la comida y la bebida en esta novela y cómo puede establecerse mediante ella su correlato con la sociedad de toda una época.

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV, *La Santa Biblia*, Madrid, San Pablo, 1988.
- *Popol-Vuh: las antiguas historias del Quiché*, Introducción y notas por Adrián Recinos, México, FCE, 2012.
- AAVV, *Crónicas de Indias*, Antología y edición de Mercedes Serna, Madrid, Cátedra, 2009.
- CARPENTIER, A., *El arpa y la sombra*, en *Narrativa completa I*, Barcelona, RBA-Instituto Cervantes, 2005.
- CASAS, B. DE LAS, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Edición de Isacio Pérez Fernández, Madrid, Tecnos, 1992.
- COLÓN, C., *Diario: relaciones de viajes*, Madrid, Sarpe, 1985.
- MARTÍ, J., «Nuestra América», en *Ensayos y crónicas*, Madrid, Cátedra, 2004.
- SARMIENTO, D. F., *Facundo. Civilización y barbarie*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1972.